

*El caso es real como la vida misma: algunos sufren desde muy jóvenes la desigualdad.
Contra ella nació la democracia.*

LOS JÓVENES QUE DAN SENTIDO A LAS ESCUELAS DE SEGUNDA OPORTUNIDAD (E2O)

Ignacio Vázquez y Ester Muñoz
Fundación Don Bosco

Pretendemos aproximarnos al perfil de los jóvenes que se acercan a una Escuela de Segunda Oportunidad (E2O). Hay múltiples variables que han incidido en la vida de la persona, en su proceso de abandono de la educación “estandarizada”. Todo eso y los variados obstáculos a los que ha tenido que enfrentarse en su vida, hacen difícil una caracterización exhaustiva, pero nos dan claves para entender el problema que se plantea y la respuesta que se diseña, al hilo de historias como las de **Paula** y **Adel**.

La situación a la que se enfrenta la juventud en el actual contexto económico y social nos exige centrar nuestra atención en conocer y reflejar cuál es el problema de fondo que está impidiendo a muchos jóvenes construir su futuro, y, si nos permiten, ni siquiera soñarlo. Nuestro diagnóstico de la situación actual de los jóvenes con baja cualificación, sin empleo y con múltiples experiencias de fracaso escolar, se basa en el criterio que nos proporciona “nuestro estar” con los jóvenes más vulnerables, excluidos por un sistema que no siempre garantiza la acogida y el acompañamiento al diferente, que no siempre responde a las necesidades ni expectativas de cada joven.

Un contexto económico y social que no favorece la inclusión

Historias como las de **Paula** y **Adel** pueden ayudarnos a ponerle rostro al retrato actual de la juventud socialmente más frágil, fruto, de vivir inmersos en una sociedad donde las desigualdades son crecientes. Los últimos datos indican que, en España, un 22,1% de personas viven en situación de pobreza, siendo la población juvenil la más afectada (Instituto Nacional de Estadística, 2017). Cuantificar el número de jóvenes vulnerables socialmente no resulta tarea fácil, ya que, son múltiples los factores que entran en juego. No obstante, si tomamos como indicador aproximado de la vulnerabilidad social, la tasa de riesgo de pobreza y exclusión social (*Tasa At Risk of Poverty Exclusion*, AROPE) observamos que entre los jóvenes españoles de 16 a 29 años, esta tasa asciende al 39,8% (INE, 2015), lo que significa que hay 2,28 millones de jóvenes en esa situación.

En estos momentos la tasa de desempleo en España se mantiene en el 16,6% de la población activa (EPA, IV trim 2017) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) señala que nuestro país lidera el ranking en cuanto al mayor porcentaje de jóvenes desempleados, triplicando la media del club de los países más desarrollados. Así, mientras que en países como Alemania, Holanda o Japón la tasa de paro entre jóvenes no alcanza el 7%, en España, se sitúa en el 37,5% (ascendiendo hasta el 46% en comunidades autónomas como la andaluza). Según el índice GINI, la desigualdad entre ricos y pobres es cada vez más grande.

Existe, además, una clara estigmatización de la pobreza. Vivimos en una sociedad que no ofrece igualdad de oportunidades a todas las personas y, sin embargo, se responsabiliza al pobre o excluido de su situación. Se culpabiliza al joven de “no querer trabajar” o de “fracasar escolarmente” cuando, en realidad, se puede concluir que, en numerosas ocasiones, es el mismo sistema educativo el que no les acoge ni les prepara. No facilita la respuesta adaptada que necesitan. La frialdad de las cifras puede no dejar ver el drama vital, social y económico que sufren los jóvenes españoles y, con ellos toda la sociedad.



La frustración ante un futuro inalcanzable

Para una gran mayoría de jóvenes, se ha hecho patente la imposibilidad de lograr muchos de los proyectos que soñaban. Aunque la tasa de desempleo juvenil de menores de 25 años alcanzó su máximo en 2013 y, en la actualidad, se atisba una ligera recuperación, todavía hoy, cuatro de cada diez jóvenes, que quieren trabajar no pueden hacerlo. Este aspecto es determinante también para la emancipación. En la actualidad, sólo uno de cada cinco menores de 30 años está emancipado. Aunque esta cifra se incrementa muy significativamente con los jóvenes de origen migrado. Ese es el caso de **Adel**, un joven tutelado que, al cumplir la mayoría de edad se tuvo que emancipar sin contar con el apoyo familiar, ni los recursos necesarios para hacerlo. Circunstancias, en las que resulta ciertamente muy difícil poder abordar un proceso personal con éxito.

Partiendo de condiciones claramente desfavorables

A través de la experiencia de vida de **Adel**, nos podemos situar fácilmente en el escenario vital de muchos jóvenes que se encuentran en riesgo o situación de exclusión social. El contexto actual los está haciendo – si cabe – más invisibles, situándolos en la frontera de los márgenes. Cuentan con escasas oportunidades para construir su proyecto de vida al no poder acceder a recursos (educación, formación, empleo...) que les permitan desarrollarse personal y profesionalmente. Un estudio sobre la influencia del origen social de las personas y sus posibilidades de éxito en el mundo laboral (Avram y Cantó, 2017) revela que las condiciones socioeconómicas y culturales de la familia de origen condicionan, en un significativo porcentaje, las posibilidades futuras de obtener un buen puesto de trabajo en cuanto a estabilidad o reconocimiento se refiere, o una alta remuneración. De hecho, el estudio señala que “en países como España, pertenecer a una familia bien situada

socialmente, resulta importante para encontrar un buen empleo, independientemente de la formación recibida”.

La situación de los jóvenes menos formados empeora si se combina con otros factores de riesgo de exclusión, como una experiencia de migración (propia o de los padres), el residir en zonas deprimidas o haber sufrido desarraigo familiar. Vivir, por ejemplo, en una determinada zona del barrio del Guadalquivir de Córdoba, como le sucede a **Paula**, sin lugar a dudas, la distancia aún más de las posiciones de partida.



E2O Encuentro Zaragoza, 2016



Un abandono escolar alarmante

Paula no finalizó “el instituto”, como más de un millón de jóvenes que no han terminado la ESO en nuestro país y carecer de estudios puede ser un pasaporte más a la exclusión social. Las tasas de abandono educativo son también de las más elevadas de la Unión Europea. Un 18,5% de los jóvenes (15,1% hombres y 22,7% mujeres) entre 18 y 24 años no finalizó la educación secundaria y no sigue en educación o formación (según el Ministerio de Educación, 2017). Aunque el objetivo para 2020 es que esta tasa se reduzca hasta un 15%, hoy por hoy, son pocas las comunidades autónomas que alcanzan esta cifra. Los porcentajes de abandono más bajos se sitúan en el País Vasco (7,4%), Cantabria (8,9%) y Madrid (12, 6%). Los

más altos, por el contrario, son los de Illes Balears (26,6%) y Región de Murcia (25,1%).

Una autoestima dañada por años de fracaso, que limita la inclusión social de la persona

Resulta curioso que **Adel** y **Paula** pensaran que no aportaban nada a la sociedad, a la par que desconocían por completo la red de recursos sociales y comunitarios. Este elemento nos hace seguir profundizando en que el problema de los jóvenes sin formación ni empleo está caracterizado, además, por el descrédito creciente de la juventud ante la política y las instituciones en general y que, en gran medida, se relaciona con la pérdida de la noción de bien común, general a toda la sociedad. Así, una importante mayoría de jóvenes, el 43%, suscribe que *“la política no tiene nada que ver conmigo, no afecta para nada mi vida privada”*. La participación social juvenil se desvanece, el 81% no pertenece absolutamente a ningún tipo de asociación u organización, ya sea juvenil, cultural o deportiva (González-Anleo y López-Ruiz, 2017).

Sin respuestas por parte del sistema educativo que los ha centrifugado

Con todo esto, el que uno de cada cinco jóvenes españoles haya abandonado los estudios – porcentaje sin parangón en Europa – no es nada casual. Si miramos historias, y no solo estadísticas, descubrimos que muchos de ellos acumulan años de suspensos y frustración en escuelas e institutos. Y que, entre los que consiguen el título de la ESO, algunos terminan perdiéndose en itinerarios de formación donde no cuentan con nadie que les pregunte qué necesitan, conectándolos con el mundo, con la realidad de la empresa de hoy, con su proyecto personal y profesional. Que les permita, en definitiva, alcanzar la autonomía de la mano de un empleo digno.

En un sistema que no acerca la persona al mundo laboral y que lo “entretiene” en itinerarios estériles

La crisis económica que se inició a finales del año 2007, produjo un desajuste considerable entre la oferta y la demanda del mercado de trabajo. Este



E2O EncuentroSevilla, 2017

es otro de los factores del problema, y no por ello menos relevante. La conexión entre el mundo de la formación y el empleo tiene problemas estructurales propios de la evolución tecnológica. El sistema educativo español es muy rígido por naturaleza, mientras que las necesidades de las empresas varían cada vez en intervalos más cortos de tiempo. La escasa cualificación de los jóvenes y las altas tasas de desempleo juvenil no tienen solamente efectos perjudiciales para los jóvenes afectados, sino que, como sociedad, nos arriesgamos a perder toda una generación de talento y de ganas de trabajar y la oportunidad de rejuvenecer una fuerza de trabajo ya envejecida.

Las Escuelas de Segunda Oportunidad, como alternativa a esta realidad

La situación actual de Paula y Adel es, hoy día, una historia de éxito tras muchas dificultades. Pero sería probablemente otra, si no hubieran encontrado una alternativa que conectase con ellos. Su participación en una E2O de Córdoba les permitió conseguir sus sueños: tener casa, familia y un trabajo que les hiciese felices, gracias a un proceso formativo diseñado y pensado para ellos, de la mano

de distintas administraciones (aun sin entenderse entre ellas) e involucrando a un grupo de empresas. Y, lo más importante, descubrieron por sí mismos que son valiosos y que tienen mucho que ofrecer a la sociedad.

Sin lugar a dudas, para que la foto gris que mostramos pase a color se requiere de una mayor coordinación entre los distintos actores, tanto poderes públicos como empresas y entidades sociales, que, a menudo, son el nexo entre el joven vulnerable y la formación que ayuda a crecer como personas y capacita para el empleo.

Identificar el nexo entre vulnerabilidad social y empleo es crítico para reconocer el impacto vital que puede tener para un joven el acceso a la formación y la consecución de un trabajo digno. La desigualdad creciente, el propio funcionamiento del sistema educativo y del mercado laboral, la transición de la educación al empleo, y el descrédito de lo comunitario, son, probablemente los principales problemas que afrontan los jóvenes en la actualidad.

Referencias

- Avram, S. y Cantó, O. (2017). *Situación laboral y origen familiar en Europa durante la crisis: no somos todos iguales*. University of Essex, Universidad de Alcalá y Red Equalitas.
- González-Anleo, J.M. y López-Ruiz, J.A. (2017). *Jóvenes Españoles entre dos siglos 1984-2017*. Madrid. Fundación Santa María.

